

efectuaban en el *Casino de Falberge della Città* (Corsia de Servi), donde había baile y *conversación*.

Es necesario confesar que al cabo de algunos días, la popularidad del ejército vióse amenazada: casi todos los *caballeros servidores* existentes en la época de la llegada de los franceses pretendían tener sobrados motivos para quejarse. Lo moda de los *caballeros servidores* no desapareció hasta 1809, á causa de las medidas *morales* adoptadas por el despotismo del rey de Italia. Estas relaciones constituían otro objeto de extrañeza por parte de los franceses; muchas duraban quince ó veinte años. El caballero servidor era el mejor amigo del marido, quien ejercía aquel cargo en otra casa.

Fué preciso que transcurriese mucho tiempo para que los oficiales franceses llegasen á comprender que, lejos de estar celosa de la asiduidad del caballero servidor, la vanidad del marido milanés se hubiera sentido herida de ver á su mujer sin un tal servidor.

Esta moda, que parecía tan extraña, procedía de los españoles, pueblo grave que ha gobernado en Milán de 1526 á 1714. La esposa de un español no debía ir nunca á misa acompañada de su marido; esto hubiera sido un signo de pobreza ó á lo menos de insignificancia; el marido debía ocuparse de sus grandes negocios. Una dama debía ir del brazo de un escudero. Y sucedió de aquí que en la clase burguesa, que no había escuderos, un médico rogó á un amigo suyo, abogado, que acompañase á su mujer á todos los lugares públicos, mientras que éste conduciría á la mujer del abogado. En Génova, en las familias nobles, se hacía constar en el contrato del matrimonio el nombre del caballero servidor. Pronto se dió mucha importancia al tener un caballero servidor soltero y este empleo fué reservado á los segundones de las familias nobles. Poco á poco el amor se apoderó de

esta costumbre, y una mujer, un año ó dos después de su matrimonio, reemplazaba por un caballero de su elección el amigo de la casa escogido por el marido.

En la Calabria de nuestros días, el hombre de genio de una familia se hace sacerdote y marcha á la aventura, dando por esposa á uno de sus hermanos la joven que el prefiere. Si, más tarde, esta joven se atreviese á hacer una elección fuera de la familia el extranjero temerario tendría bien asegurado un bálazo. He explicado esta severa costumbre porque en nuestras campañas de Nápoles, á buen seguro que costó la vida á más de doscientos oficiales franceses.

La costumbre de los caballeros servidores era general en Lombardía á la llegada del ejército francés en Mayo de 1796 y las damas la defendían como muy moral. La contrata con el *caballero servidor* dura tres ó cuatro años y muy amenudo hasta quince ó veinte, y dura porque á cada instante puede romperse. Lo que sería mucho más difícil de explicar es el natural perfecto, la simplicidad admirable de las maneras de proceder de los milaneses. Toda explicación sería ininteligible, al mismo tiempo que escandalosa para los franceses del norte. La gente de gusto encontrará alguna imagen de estas costumbres en ciertos *libretti* de ópera bufa, por ejemplo, en la primera escena de la *Prova d'un opera seria* y en algunas escenas de *Cantatrici Villani*.

La buena compañía está casi en todas partes como el pueblo, y no ama á un gobierno más que por odio á otro; ¿será que un gobierno es un *mal necesario*? La alta sociedad de Milán estaba tan disgustada, según sabemos, con el archiduque á causa de que éste vendía trigo secretamente aprovechando la escasez que del mismo había, que acogió con entusiasmo al ejército francés, que le pedía caballos, calzado, ves-

tidos, millones, pero que le dejaba administrarse á su modo. Desde el 16 de Mayo se vendía en todas partes una caricatura que representaba al archiduque virey, desabrochándose el vestido engalonado del cual manaba trigo. Los franceses no comprendían nada de esta figura.

Habían llegado á Milán en estado tan miserable, desprovistos de vestido y camisas que poco se apercibieron de si aparecían fátuos, en el más bajo sentido de la palabra; sólo les importaba ser amables, alegres, emprendedores.

Si los milaneses estaban locos de entusiasmo, los oficiales franceses estaban locos de dicha, y tal estado de embriaguez continuó hasta la separación. Las relaciones particulares duraron igualmente hasta la partida y amenudo con abnegación por ambas partes. Enseguida que retornaron, después de Marengo en 1800, varios franceses, llamados á su país, cometieron la locura de presentar su dimisión y vivir pobres en Milán, antes que alejarse de sus afecciones.

Es del caso repetir aquí, porque contrasta extraordinariamente con el espíritu que el consulado hizo reinar en el ejército, que hubiera sido difícil encontrar en Milán veinte oficiales, en los empleos subalternos, que sintiesen seriamente la ambición del ascenso. Los de más modesta graduación sentían una pasión inmensa por su lienzo blanco y sus bellas botas nuevas. Todos amaban la música, y muchos hacían, como ya hemos dicho, una legua de camino bajo la lluvia, para ir á sentarse en la platea del teatro de la *Scala*. Ninguno, que yo crea, por más prosaico, ambicioso y avaro que se haya vuelto, no puede haber olvidado su permanencia en Milán, pues que ésta constituyó la más bella era de su juventud.

En medio de esta dicha general cundió un deseo común: pasada la triste situación en que el ejército se encontró antes de Castiglione y Areole, todo, el

mundo, excepción hecha de los oficiales reposados, procuró tentar el imposible para no abandonar Italia.

Mientras esperaba la decisión del Directorio, que podía estar bastante obcecado ó celoso de la gloria del joven general para aceptar su dimisión y sustituirle por Kellermann, Moreau ó Jourdan, Napoleón resolvió tentar expulsar á Beaulieu hasta el Tirol. Excitó el interés de sus soldados, cosa muy esencial en los franceses y los jóvenes patriotas, por medio de una proclama, en la cual les hablaba de ellos mismos en términos expresos para aumentar su entusiasmo.

Si esta proclama produjo buen efecto en el ejército más aun lo hizo también entre los enemigos. Firmado por el mismo hombre que acababa de pasar el puente de Lodi y de ocupar Milán, dicha proclama inició en Roma y en Nápoles el terror por el nombre francés que Napoleón ha hecho reinar tanto tiempo.

El general en jefe comenzó el sitio de la ciudadela de Milán con gruesos cañones procedentes de Alejandría y Tortona; dirigió su ejército hacia el Mincio y partió en fin el 24 de Mayo para Lodi.

Pero en aquel día el toque de somatén resonaba por detrás del ejército, en todos los pueblos de los alrededores de Pavía y hasta esta ciudad misma fué ocupada por diez mil paisanos fanatizados por los curas. La menor excitación por parte del general en jefe podía hacer general en Lombardía esta sublevación, y ¿qué no hubiera hecho el ejército piemontés en el caso de una sublevación afortunada?

Las semi-brigadas francesas se habían puesto todas en movimiento y se alejaban rápidamente de Pavía. Los curas hubieran debido aplazar el levantamiento hasta tres ó cuatro días más tarde, es decir, hasta después de los primeros encuentros con Beaulieu.

Napoleón fué tan admirable en esta sorpresa como en sus más bellas batallas; sin interrumpir el movimiento general de su ejército, conquistó Pavía y castigó á los revoltosos.

Es un deber, del cual parecerá cruel hablar: un general en jefe debe hacer fusilar á tres hombres para salvar la vida á cuatro, y muchas veces debe hacer fusilar á cuatro enemigos para salvar la vida á uno solo de sus soldados. Pero, por otra parte, los agentes austriacos y los curas que provocaron la sublevación de la Lombardía obraron muy prudentemente. Ojalá que en 1814 y en 1815 se hubiese portado así la Francia contra los prusianos, austriacos, rusos, etc. etc.

En Pavía, la clemencia para con el ejército hubiera sido un crimen, hubiera preparado unas nuevas vísperas sicilianas; así es que el comandante de la guarnición francesa de Pavía fué fusilado junto con la municipalidad. Para restablecer la calma en dicha población Napoleón había enviado á ella al arzobispo de Milán, lo que produjo buen resultado.

Napoleón recibió la noticia de que el Directorio acababa de firmar la paz con el rey de Cerdeña. Esta paz era muy conveniente, pero la negociación fué llevada á cabo con insigne torpeza ó quizás con una cólera infantil hacia los reyes. Debía prometerse al rey de Cerdeña una parte de la Lombardía y obtener de él cuatro ó cinco regimientos, que apenas entrados en el ejército hubieran rivalizado en entusiasmo con las semi-brigadas francesas.

Beaulieu ocupaba el Mincio, río rápido, cuyo curso, entre Peschiera y Mantua, forma una línea bastante marcada. Estaba flanqueado en su derecha por Peschiera, el lago de Garda y las altas montañas que rodean el norte de éste y que tocan los Alpes del Tirol. Su derecha estaba defendida por la plaza de

Mantua, que desde entonces vino á ser como el centro moral de todas las operaciones militares de Italia.

El ejército quería pasar el Mincio, como no era razonable atacar contra las dos plazas fuertes en sus flancos, Bonaparte resolvió hacerlo por el centro; pero al mismo tiempo quiso dar serias inquietudes á Beaulieu por la parte de Peschiera. Protegidas por la artillería de esta plaza pasaban sus líneas en retirada hacia el Tirol y en comunicación con Austria.

Mientras que Napoleón dominaba Pavía y se preparaba para una nueva batalla, concedamos un instante de atención al estado de un alma dotada de una sensibilidad tan excesiva y tan poco susceptible de distracción. ¡En recompensa á las victorias casi increíbles y que, puede decirse, habían salvado á la República, el Directorio púsole en la necesidad de ofrecer su dimisión! Y de un instante á otro podía recibir aviso de ser aceptada, pues que la envió el 14 de Mayo. Es necesario haber conocido la tempestad que sin cesar agitaba esta alma de fuego, para figurarse la más pequeña parte de los proyectos apasionados seguidos de momentos de absoluto abatimiento y continuos disgustos que debían bullir en el sí de esta naturaleza verdaderamente italiana. Entiendo por esta palabra, poco inteligible para quien no haya vivido en Italia, un alma absolutamente contraria á las razonables y prudentes de Washington, Lafayette ó de Guillermo III.

En 30 de Mayo, Bonaparte llega á Borghetto con el grueso de su ejército. Una vanguardia enemiga, que se encontraba en la rívera izquierda del Mincio, fué vencida y traspasó el río por el puente de Borghetto, del cual destruyó un arco. Dióse inmediatamente la orden de reparar el puente, pero este trabajo, ejecutado bajo los cañonazos enemigos, avanzaba muy lentamente. Una cincuentena de granaderos se impacientan: estos valientes tiranse al Mincio

con los fusiles sobre la cabeza y con agua hasta las espaldas.

Los soldados austriacos, que creen reconocer la formidable columna del puente de Lodi, se desaniman y, volviendo hacia el Tirol, no piensan más en poner obstáculo á los franceses para el paso del Mincio.

Beaulieu ensaya tenerse firme en las alturas entre Villafranca y Valeggio; pero, habiendo sabido que la división Augereau marchaba sobre Peschiera, comprendió que los franceses podían ocupar, antes que él, el valle del Adige, la meseta de Rivoli y cortarle la retirada por el Tirol. Retiróse sin dilación hacia la otra parte del Adige, del cual remontó la rivera derecha por Dolce, hasta Calliano.

En medio de este bello movimiento de tropas, el general en jefe estuvo á punto de caer prisionero en Valeggio, lo que hubiera terminado de una manera bien ridícula su carrera militar. Beaulieu, en su retirada, había dejado trece mil hombres en Mantua.

## VIII

*Reflexiones sobre el estado moral del ejército francés en Italia.—Venecia: sus costumbres sociales, su gobierno.—Masena entra en Verona el 3 de Junio de 1795.—El general Serrurier se encarga del bloqueo de Mantua.*

Napoleón supo ver muy bien que en tanto Mantua no fuese tomada, podría decirse que los franceses habían recorrido, pero no conquistado Italia. Nada más fácil que perseguir los soldados de Beaulieu; estaban tan desmoralizados por la rapidez imprevista de sus derrotas, que un batallón francés atacó sin titubear y derrotó á tres batallones enemigos. Apesar de esta inmensa ventaja, que disminuiría por momentos si no se apresurase á aprovecharla, Napoleón no se sintió bastante fuerte para dirigirse rectamente al corazón de los estados austriacos, en tanto que los ejércitos del Rin se encontrasen detrás de este río.

Hoy, en 1837, los campesinos y el bajo pueblo de todos los países civilizados de Europa han llegado ya á comprender que la Revolución francesa tiende á hacerles propietarios, y es á Napoleón á quien deben esta educación. En 1796, estaban completamente entregados á manos de los curas y de los nobles, y muy dispuestos á irritarse profundamente de las vejaciones y pequeñas injusticias inseparables del estado de guerra. Un ejército francés de entonces veíase obligado á guardar con mucho cuidado sus retaguardias sino quería ver asesinar á sus enfermos y á sus rezagados. Esta clase de cuidados minuciosos impacientaba á Napoleón y debe confesarse que salía de ello bas-